www.loqueleo.com/co

La otredad. Antología de cuentos latinoamericanos del siglo XX
© 1971, Clarice Lispector y Herederos de Clarice Lispector
c/o Agencia Literaria Carmen Balcells
© 1917, Horacio Quiroga
© 1969, Augusto Monterroso y Herederos de Augusto Monterroso c/o International Editors
© 1972, Gabriel García Márquez c/o Agencia Literaria Carmen Balcells
© 1951, Julio Cortázar y sucesión de Julio Cortázar c/o Agencia Literaria Carmen Balcells
© 1959, 2019, Silvina Ocampo
© 1910, Rubén Darío

© De esta edición:
2019, Ediciones Santillana S.A.
Av. Leandro N. Alem 720 (C1001AAP)
Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina
2024, Distribuidora y Editora Richmond S.A.S
Carrera 11 A # 98-50, oficina 501
Teléfono +57 60 1 3906950
Bogotá–Colombia
www.loqueleo.com/co

ISBN: 978-628-7672-22-2

Impreso en Colombia
Impreso por Quad colombia S.A.S.

Primera edición en Loqueleo Colombia: junio de 2024

Prólogo y estudio de la antología: Silvina Marsimian
Selección de textos: María Cristina Pruzzo
Ilustración de cubierta: Fiorella Ferroni

Dirección de Arte: José Crespo y Rosa Marín
Proyecto gráfico: Marisol Del Burgo, Rubén Chumillas y Julia Ortega

Dirección editorial: Ximena Godoy
Edición: María Alejandra Roa
Corrección de estilo: Fredy Ordóñez
Diagramación: Alexandra Romero Cortina

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

La otredad

Antología de cuentos latinoamericanos del siglo XX

loqueleo

La otredad

Antología de cuentos latinoamericanos del siglo XX

Clarice Lispector
Horacio Quiroga
Augusto Monterroso
Gabriel García Márquez
Julio Cortázar
Silvina Ocampo
Rubén Darío

Prólogo y estudio: Silvina Marsimian

loqueleo

Prólogo

Por Silvina Marsimian

Literatura y Latinoamérica. Escritura y fundación

La literatura latinoamericana comienza con las *Crónicas de Indias*, que describen el Nuevo Mundo como tierra llena de maravillas. La *Carta del Descubrimiento*, de Cristóbal Colón (*Diario de viaje*, 1492), es el primer documento en el que se conjugan la realidad del continente explorado y elementos fantásticos inspirados en las lecturas que tenían, en general, los conquistadores de mitos grecolatinos, leyendas medievales, novelas de caballería y relatos extraordinarios de navegantes como Marco Polo. En efecto, en estas crónicas se mezclan la descripción minuciosa de territorios vírgenes para los ojos europeos con historias de amazonas y caníbales, ríos en los que se pesca oro, fuentes de eterna juventud. Viaje, exploración y registro de las experiencias vividas, unidos al desarrollo de la imaginación inician, entonces, la construcción de una escritura que da cuenta de la fundación de un universo inédito en tierras que pronto serán mestizas. Pero, además, la historia itinerante de nuestra literatura es

también la historia de la lengua que hablamos y que expresa quiénes somos. El escritor latinoamericano será, por lo tanto, el artífice del léxico capaz de transmitir la naturaleza americana exótica, desmesurada e inédita, que es una marca de identidad. Y, a la vez, el encuentro con el "otro" diferente facilitará la muestra de la pluralidad de grupos humanos nativos en los medios en que viven, con sus costumbres, comportamientos, organización social y creencias que les son típicos, tan diversos de los del Viejo Mundo.

La literatura latinoamericana no es un mero conjunto de obras, autores y lectores, sino la relación que se establece entre ellos, a veces con contradicciones, pero siempre fructífera en un diálogo que establece los puentes de una extendida unidad cultural e histórica. América fue siempre el símbolo de lo nuevo, la mezcla y el porvenir. Pero tuvo que conquistar para ella su espacio. Por caso, Esteban Echeverría (1805-1851) y Domingo Faustino Sarmiento (1811-1888), cabezas de la Generación literaria de 1837, fueron, durante el Romanticismo en el Río de la Plata, pioneros de la emancipación lingüística y cultural e introdujeron en sus ficciones el tema americano del desierto y las variedades de lengua observadas en Buenos Aires, de acuerdo con el plan político liberal continuador de la Revolución de Mayo contra el colonialismo español. Aunque la ruptura definitiva con la metrópoli concebida como pasado se consuma con la publicación de *Azul* (1888), del nicaragüense Rubén Darío (1867-1916), quien creó la escuela llamada Modernismo,

cuyo programa consistió en descartar el casticismo a favor de una integración plural de tendencias europeas provenientes mayormente de París —faro cultural en esa etapa— con elementos nativos americanos, en vistas de la construcción de una tradición universal. Con el Modernismo, por primera vez, un movimiento surgido en América influía en Europa, y en España particularmente, y no al revés. Para ello, Darío propuso nuevos cambios en la lengua y en la literatura, que se generalizaron incluso en otros ámbitos. En Argentina, su principal continuador fue el argentino Leopoldo Lugones (1874-1936), maestro de toda una generación de escritores del siglo XX, entre los que figuran el uruguayo Horacio Quiroga (1878-1937) y el argentino Jorge Luis Borges (1899-1986). En Brasil, la literatura fue ganando también autonomía durante el siglo XIX con escritores como José María Machado de Assis (1839-1908).

Como señala el poeta y ensayista mexicano Octavio Paz, la latinoamericana es una literatura de fundación, en la medida en que expresa nuevas realidades en lenguas que se han transformado, conservadora de tradiciones y transformadora en contacto con el devenir de las culturas: es descubrimiento e invención, rescate y creatividad.

El cuento latinomericano. Origen y trayectoria

El cuento, como género literario, aparece en América como desprendimiento de relatos, leyendas y fábulas recogidos de la tradición oral de los pueblos precolombinos

por los cronistas de Indias. Como narración autónoma, caracterizada por la brevedad, la condensación del espacio y del tiempo, la economía de personajes y la tensión de la trama hacia el desenlace, que necesita sorprender al lector —según las pautas fijadas por Edgar Allan Poe—, tuvo sus primeros gestores en el Romanticismo. Muchos estudiosos consideran que "El matadero" (c. 1839), de Esteban Echeverría, es el primer cuento, caracterizado por la primera persona narrativa, la subjetividad en descripciones y retratos, y la opinión personal en relación con los hechos narrados. Además del tono emocional y la apelación al lector.

El tono de exaltación típico romántico es más adelante reemplazado por una postura más objetiva, que acentúa la tendencia a la pintura social y costumbrista. Esto sucede en el *cuento realista*, donde el narrador se expresa generalmente en tercera persona y como testigo equidistante de diversas posturas frente a lo narrado. Los personajes, por su parte, pierden la complejidad sentimental, pero se convierten en tipos representativos de grupos sociales. Entre sus cultores figuran los argentinos Eduardo Wilde (1844 -1913) y Roberto J. Payró (1867-1928), y el brasileño Machado de Assis.

Hacia fines del siglo XIX se impuso una tendencia en literatura pergeñada por el francés Émile Zola, que se llamó "naturalismo", centrada en exponer los grandes contrastes entre los grupos sociales y económicos, la ley de la herencia y la influencia determinante del medio sobre el hombre. En nuestro continente, el chileno Baldomero

Lillo (1867-1923) se destacó por la descripción del yugo de los trabajadores en las minas de carbón. Escritores como él se basaban en la rigurosa observación de la situación concreta, mudándose a la zona y viviendo un tiempo entre las gentes que se pretendía retratar. Tomaban notas, además de documentarse con un procedimiento cuasi científico. El *cuento naturalista* recuperó del Romanticismo la función de ser una literatura comprometida de denuncia de hombres degradados por la ignorancia, la enfermedad y la miseria en ambientes sórdidos y marginales. Darío tiene algunos cuentos de corte naturalista, pero desarrolló mejor sus principios estéticos también en la narrativa: contemporáneamente, el *cuento modernista* ideado por él aportó temas exóticos, muchos de raíz fantástica o basados en leyendas orientales.

Entrado ya el siglo XX, surge en la narrativa latinoamericana un eje temático focalizado en el enfrentamiento hombre-naturaleza. La selva, las montañas, los grandes ríos con sus habitantes típicos constituyen un ámbito regional que tiñe de nuevo de realismo el cuento y la novela. El peruano José María Arguedas (1911-1969), el brasileño José Bento Monteiro Lobato (1882-1948) y Quiroga dejan su huella imborrable en la denominada literatura de la tierra. El mexicano Juan Rulfo (1917-1986) participa en principio de esta tendencia en los cuentos de *El llano en llamas* (1953), aunque ya puede ser incorporado por su estilo a las vanguardias que, surgidas en Europa, fueron importadas a América. Así como el *cuento regionalista* se relaciona con el espacio rural, en la

narrativa vanguardista, en cambio, el espacio por excelencia es la ciudad y los problemas del hombre en las concentraciones urbanas, a partir de las consecuencias que trajeron las guerras mundiales, la guerra civil española, los autoritarismos políticos, la depresión económica de 1930. Los personajes son caracterizados de acuerdo con los presupuestos del psicoanálisis freudiano y de la escuela filosófica existencialista, que analiza la posición del ser humano en un mundo signado por el absurdo y la angustia. En Argentina, Borges asume un liderazgo en el género cuento indiscutible en la medida en que sus ficciones lindantes entre la narración y el ensayo sientan nuevas bases para la producción estética, especialmente con la problematización de la figura del narrador y la dilución de las fronteras de la realidad y la fantasía. El *cuento vanguardista* vuelve a renovarse durante el llamado "boom latinoamericano", entre 1960 y 1970. Escritores como el argentino Julio Cortázar (1914-1984), el colombiano Gabriel García Márquez (1927-2014) y el peruano Mario Vargas Llosa (1936), entre otros, impulsaron una literatura que alcanza en estos tiempos su madurez. Los cuentos y novelas, ambientados en zonas rurales, urbanas o fronterizas, que muestran las circunstancias problemáticas políticas, económicas o sociales locales, no son impedimento para tratar temas de orden universal como la soledad, la falta de comunicación, el poder, la injusticia, la actitud del hombre ante la muerte, etc. Por su parte, la brasileña Clarice Lispector (1920-1977) y la argentina Silvina Ocampo (1903-1993) inauguran una mirada

diferente sobre temas como las rígidas convenciones sociales, que en parte sojuzgan a la mujer; la discriminación social; la felicidad nunca alcanzada, con una tendencia al humor ácido y crítico. Otra escuela que se desarrolla con fuerza es la correspondiente a la microficción, que crece significativamente a partir del aporte del guatemalteco Augusto Monterroso (1921-2003), además del de las argentinas Luisa Valenzuela (1938) y Ana María Shua (1951).

Género breve pero vigoroso en la literatura latinoamericana, se transforma constantemente. En este mundo multiforme y sorprendente, el cuento, como dice Borges, permite que el que lee lo haga con la intención de distraerse de su vida cotidiana para entrar en un mundo diverso de las expectativas comunes. Es como el zahir —añade—, una moneda que, a pesar de parecer común como cualquier otra, adquiere un carácter único que la torna inolvidable.

Bibliografía

Pacheco, Carlos y Luis Barrera (comps.) (1993). *Del cuento breve y sus alrededores*. Venezuela, Monte Ávila Latinoamericana.

Paz, Octavio (1972). *Puertas al campo*. Barcelona, Seix Barral.

Felicidad clandestina

Clarice Lispector

Ella era gorda, baja, pecosa y de cabello excesivamente crespo, medio pelirrojo. Tenía un busto enorme, mientras que todas nosotras todavía éramos chatas. Por si eso fuera poco, llenaba dos bolsillos de la blusa por encima del busto, con caramelos. Pero tenía lo que a cualquier niño devorador de historias le gustaría tener: un padre librero.

Lo aprovechaba poco. Y nosotras, menos todavía: hasta para los cumpleaños, en vez de aunque más no sea un librito barato, nos entregaba en mano una tarjeta postal de la tienda del padre. Y encima era de un paisaje de Recife, donde residíamos, con sus puentes vistos hasta el cansancio. Atrás, escribía con letra redondísima palabras como "fecha del natalicio" y "*saudade*".

Pero qué talento tenía para la crueldad. Toda ella era pura venganza, chupando ruidosamente los caramelos. Cómo debía odiarnos esa chica, a nosotras, que éramos imperdonablemente bonitas, esbeltas, altas, de cabellos sueltos. Conmigo ejerció su sadismo con serena ferocidad. En mi ansia por leer, yo ni siquiera notaba las humillacio-